

EL CAMINO TORMENTOSO DE LAS IDENTIDADES EN AMÉRICA CENTRAL

Albino Chacón*

Abstracts

Este artículo desarrolla cuatro ejes: los estereotipos sobre la inmigración china y negra en Costa Rica entre los costarricenses de la época (fines del XIX y principios del XX, respectivamente), a partir de ejemplos textuales puntuales y dramáticos. Luego, la problemática de la actual inmigración nicaragüense hacia Costa Rica. Continúa con la emigración salvadoreña a EEUU, ejemplo de lo que está aconteciendo en los países llamados del triángulo norte (Guatemala, Honduras y El Salvador). Finaliza con un análisis de la problemática del migrante que regresa a su país, a partir de la novela *El asco*, del salvadoreño Horacio Castellanos. El abordaje del artículo es de carácter histórico/cultural/literario. La idea eje es que los espejos identitarios nacionales tradicionales se rompieron y los diversos fragmentos están recreando nuevas, fluctuantes e imprecisas identidades que cruzan los límites nacionales, fenómeno en el que las migraciones han jugado un papel determinante en la región.

The storming road of identities in Central America

The article expounds on four themes: the stereotypes Costa Ricans had about Chinese and black immigration in Costa Rica during the end of 19th Century and beginning of 20th Century, respectively, using poignant and dramatic examples. Next, it discusses the present situation of Nicaraguan immigrants to Costa Rica. It continues with a discussion about the emigration of Salvadorians to the United States, an example of what is occurring in the countries known as the northern triangle (Guatemala, Honduras and El Salvador). It ends with an analysis of the migrant when he returns to his country by referencing the novel *El Asco*, by the Salvadorian writer Horacio Castellanos. The article is written as a historical, cultural, and literary exploration. The main idea is that the traditional national identities are being broken, and the various fragments are recreating new identities that are fluctuating, imprecise and pushing the national limits –a phenomenon in which migrants have played a determinant role in the region.

Il tormentato percorso delle identità in America Centrale

In questo articolo, attraverso precisi esempi testuali, si sviluppano quattro temi: gli stereotipi sull'immigrazione cinese e nera in Costa Rica (fine XIX - inizio XX sec.); la problematica dell'attuale immigrazione nicaraguense in Costa Rica; l'emigrazione salvadoregna

* Universidad Nacional de Costa Rica.

verso gli Stati Uniti, come esempio di ciò che sta accadendo nei paesi del cosiddetto triangolo nord (Guatemala, Honduras, El Salvador); il ritorno del migrante al proprio paese (vedasi *El asco*, del salvadoreño Horacio Castellanos). Attraverso un approccio di carattere storico/culturale/letterario, emerge la rottura degli specchi identitari nazionali tradizionali, mentre i molteplici frammenti ricreano nuove, fluttuanti e imprecise identità che valicano i confini nazionali.

Introducción

La introducción del término “camino” en el título refiere, por una parte, a procesos que han ocurrido a lo largo del tiempo, en distintos períodos, lo que reafirma la idea de que no es posible abordar el tema de las identidades –nacionales, regionales o de grupos– como si se tratara de un concepto fijo, definible y claramente establecido. Por otra, alude al hecho de que el tema de las identidades tiene que ver con otro fenómeno, el de las migraciones, esto es, los caminos que muchos seres humanos y grupos han tenido que tomar, afincándose en nuevos territorios y dando origen a procesos permanentes de desterritorialización y reterritorialización. Valga decir que, en la mayoría de los casos, esto no ocurre de manera armoniosa, sino más bien contradictoria, catastrófica, desatando a veces los peores demonios del corazón humano.

Aun cuando los temas que se desarrollan en este artículo pueden ser extrapolados para el conjunto de países de América Central, se han seleccionado aspectos que ilustran lo que ha venido sucediendo en dos países concretos, Costa Rica y El Salvador. En lo que corresponde al tema de las identidades divididas y sus problemas de coexistencia, se tocan cuatro momentos que tienen como hilo conductor el factor de las migraciones: 1) la inmigración de chinos y negros y las reacciones de la población en Costa Rica en la segunda mitad del siglo XIX y primera del siglo XX. 2) La inmigración nicaragüense hacia Costa Rica en la segunda mitad del siglo XX y las movilizaciones y redefinición identitaria a que ha dado lugar. 3) Situación actual de El Salvador como resultado de la emigración a los EEUU. 4) La reelaboración que hace un texto literario del tema de la emigración como proceso profundamente conflictivo: *El asco* (1997), del salvadoreño Horacio Castellanos Moya.

La inmigración de chinos y negros en Costa Rica en la segunda mitad del siglo XIX y primera mitad del siglo XX y las reacciones de la población

La sociedad costarricense es paradójica, e incluso uno podría considerar que inquietante, por la serie de mitos que tan eficazmente ha construido y que,

para un sector importante de la población, siguen constituyendo los nudos de un fuerte discurso identitario. El primer ideograma identitario es que, «más que conquistadores Costa Rica habría tenido colonos». Esta idea se encuentra en la base misma del mito de “Costa Rica la blanca”, heredera cultural y biológica de España. Basta recordar, como ejemplo, las palabras del Secretario de la Corte de Justicia Centroamericana, Ernesto Martín, quien se refería, en noviembre de 1911, a «la raza especial que habita nuestros campos, de cuasi pura estirpe vasca y castellana en su más grande parte» (331).

El segundo ideograma consiste en afirmar que a la llegada de los españoles «en Costa Rica casi no existía población indígena». El tercero pretende que «la cuna de la nacionalidad costarricense ha sido el Valle Central», ahí donde se instalaron los españoles y sus descendientes. El cuarto es el del «nacimiento de la democracia costarricense»; la sociedad colonial habría sido tan pobre que los colonos españoles debieron ponerse ellos mismos a trabajar la tierra para poder vivir. Esto habría propiciado la conformación de una sociedad homogénea, democrática, sin los desgarramientos étnicos y diferenciaciones sociales conocidas en otras regiones de América Latina. Esos ideogramas han sido sumamente fuertes a lo largo de la historia y hasta el día de hoy¹.

Las migraciones de origen no europeo comenzaron a ser consideradas como peligrosas para el orden social, la salud pública y las buenas costumbres, como lo muestra la siguiente cita, de 1875, publicada en la Gaceta Oficial el 19 junio de 1875, referida a la migración china:

Los chinos, en general los que vienen como concertados, tienen vicios de educación altamente perjudiciales a nuestras costumbres, al mismo tiempo que tienen males de organización o de raza más perjudiciales aún a la salud pública. En lo general son jugadores y ladrones; insubordinados, crueles y vengativos cuando se consideran en mayor número y más fuertes: el abuso del opio y la decidida inclinación al suicidio contribuye a que desprecien la vida haciéndolos peligrosos, principalmente para el servicio doméstico. Por lo que hace a los defectos orgánicos, la experiencia ha demostrado que la raza china inmigrante tiene en sí misma un principio o germen de una de las enfermedades que más daño han causado y causan a la humanidad y que parece que se desarrolla de una manera mortal con la unión con nuestra raza (Meléndez y Duncan 81).

¹ Una condensación de esos ideogramas se encuentra en la siguiente cita de Abelardo Bonilla, el más emblemático historiador de la literatura costarricense: «La nacionalidad costarricense se formó sobre la base escasa de los conquistadores y colonizadores españoles, puesto que, al llegar Colón a nuestras playas del Atlántico, la población indígena avanzaba rápidamente en el declive de la desaparición. Y se formó casi exclusivamente en los 2.000 kilómetros cuadrados de la Meseta Central. La sociedad colonial fue pobre por su pequeñez numérica; no consiguió organizar el trabajo colectivo agrícola o minero y no dispuso del régimen de encomienda que en otras partes hizo posible el desenvolvimiento inicial con cierta forma de feudalismo» (22).

No es de extrañar por tanto que, en lo que se refiere a la población negra, las diferencias y conflictos no se hicieran esperar, como lo muestra una petición presentada al Congreso en julio de 1933, firmada por 543 habitantes blancos de la ciudad de Limón, en la costa Caribe, la cual consta en los Archivos Nacionales, Sección Legislativa, N° 16753:

Queremos referirnos especialmente al problema negro, que es de trascendental importancia [...]. No es posible llegar a convivir con ellos, porque sus malas costumbres no lo permiten: para ellos no existe la familia, ni el honor de la mujer, y de allí que vivan en un hacinamiento y una promiscuidad que resulta peligrosa para nuestros hogares fundados de acuerdo con los preceptos de la religión y las buenas costumbres costarricenses [...] Es por eso que venimos [...] a pedir al Soberano Congreso Constitucional [...] ponga remedio a esta situación humillante en nuestra propia patria por una raza inferior a la nuestra, que no tiene ningún derecho para invadir nuestros campos, nuestras ciudades y nuestros hogares [...] En definitiva bien puede dictarse una ley prohibiendo el ingreso de negros al país así como su naturalización por ser una raza inferior a la nuestra.

Cuatro años después, en carta pública dirigida al historiador Ricardo Fernández Guardia, que circuló en el Diario de Costa Rica del 20 de mayo de 1939, Clodomiro Picado, hasta hoy uno de los más prestigiosos científicos de la historia nacional, escribió:

¡NUESTRA SANGRE SE ENNEGRECE!, y de seguir así, del crisol no saldrá un grano de oro sino un pedazo de carbón. Puede que aún sea tiempo de rescatar nuestro patrimonio sanguíneo europeo que es lo que posiblemente nos ha salvado hasta ahora de caer en sistemas de africana catadura, ya sea en lo político o, ya en aficiones que remedan el arte o la distinción, en tristes formas ridículas (299).

Lo anterior muestra que los conceptos de multiculturalidad, de diversidad cultural, de pluralidad étnica, propios de los discursos identitarios contemporáneos, no son construcciones de larga data en la historia costarricense, sino construcciones culturales muy recientes. Las manifestaciones de racismo, de discriminación por razones étnicas, siguen siendo más o menos habituales, aunque hoy en día el foco se ha desplazado sobre todo a la inmigración nicaragüense.

Inmigración nicaragüense y las movilizaciones y nuevas redefiniciones identitarias

En el decenio 1980-1990, los conflictos armados en Centroamérica produjeron éxodos masivos, que plantearon graves problemas económicos, políticos y sociales para los países receptores, México para los guatemaltecos, particular-

mente las poblaciones indígenas, fruto de la represión militar, y Costa Rica, que se convirtió en el receptor de refugiados centroamericanos por excelencia, de manera particular en la segunda mitad del s. XX, durante los conflictos militares en Guatemala, El Salvador y Nicaragua. Como consecuencia, el país ha sufrido fuertes procesos de transformación originados por esas migraciones. Se calcula que los migrantes nicaragüenses constituyen el 8% de la población del país, aun cuando puede considerarse que el porcentaje es mayor, dado que muchos de ellos permanecen indocumentados. Los datos anteriores significan cerca medio millón de migrantes, en una población total que no llega a los cinco millones de habitantes.

La mayoría de ellos ven en Costa Rica su principal destino, o como lo precisa el escritor nicaragüense Sergio Ramírez (4), para los nicaragüenses Costa Rica es el pequeño Estados Unidos de Centroamérica. Para la población costarricense, su gran número y visible presencia ha motivado que se le atribuyan muchos de los males que vive la sociedad de este país, como es la inseguridad y la violencia, o el deterioro de los servicios públicos, como sería el caso en salud y educación. Hay barrios marginales en que la gran mayoría de los estudiantes de escuelas son nicaragüenses. Pero el nicaragüense también se ha integrado en el plano social, especialmente mediante la constitución de familias binacionales, con una gran influencia y presencia en el medio laboral de la construcción, de las cosechas de café, de la zafra de la caña de azúcar y un crecimiento de su población mayor que la media nacional, en la gastronomía (el empleo doméstico es un campo muy ocupado por mujeres nicaragüenses), o en giros idiomáticos nuevos en el habla del país. Por su parte, los *nicas* intentan mimetizarse con la población, hablando como costarricenses, como una manera de evitar la discriminación. Hoy Costa Rica es un país con una identidad en movimiento, cambiante, influida, por una parte, por el peso de la cultura norteamericana y sus valores, pero también por la cultura popular nicaragüense, para no hablar también de la inmigración colombiana, también bastante importante, la segunda en número luego, pero menos discriminada: abundan los estereotipos negativos sobre los nicas, pero no sobre la población colombiana, con la que la población costarricense tiende a identificarse más, por considerarla más culta y más similar étnicamente.

Las migraciones están constituyéndose, en la Centroamérica contemporánea, en uno de los principales dinamizadores de los cambios sociales, demográficos y culturales, sea por migraciones internas o por migraciones hacia fuera, como es el caso de El Salvador, Honduras y Guatemala.

Situación actual de El Salvador: resultados de la emigración a los EEUU: remesas económicas y “remesas sociales”²

En cuanto a El Salvador, los fenómenos de migración/inmigración actuales están redefiniendo dramáticamente sus valores y creando una identidad dividida. Uno de sus elementos principales es la enorme migración de salvadoreños hacia los Estados Unidos, pues se calcula que el 17% de su población reside en el exterior.

Esta situación conviene a estados centroamericanos como Guatemala, El Salvador y Honduras. La razón es que reciben un importante flujo de divisas por las remesas que envían sus coterráneos afincados en los EEUU. El Salvador, incluso instituyó un viceministerio especial para atender los problemas de los salvadoreños que están afuera, que pone énfasis en «fortalecer la identidad de los salvadoreños en el exterior», Cuevas 211). Tómese en cuenta que el monto de las remesas que envían los salvadoreños representa, según cálculos, el 18% del PIB del país.

Aparte de la económica, como lo menciona Cuevas (225), otra “remesa social y cultural” han sido las maras, esto es las bandas de pandilleros deportados y colocados en una sociedad, la salvadoreña, que ellos apenas conocían. Los mareros o pandilleros centroamericanos son jóvenes que, en búsqueda de un sentido de comunidad se relacionaron con pandillas de chicanos, y luego formaron las propias, como una manera de encontrar defensa física, al mismo tiempo que reconocimiento social.

Los valores de los nuevos migrantes traspasan las fronteras nacionales, y sus identidades ya no se definen por los valores tradicionales que habían caracterizado a la sociedad de origen de sus padres y familias. Estos tienen ahora frente a sí mismos un alud de rasgos y actitudes nuevas, lo que provoca una diversidad que resulta en una fragmentación social que ya no tiene que ver con la anterior división política de izquierdas y derechas; ya no es política sino cultural. ¿Cómo construir en esas circunstancias un “nosotros” que vaya más allá de las microrrelaciones familiares y de grupo? Podemos entenderlo también como un estado de esquizofrenia, de división de personalidad, de adhesión y rechazo que afecta el desarrollo de relaciones sanas con los entornos originarios, pero también con los nuevos puntos de destino, como lo ejemplifica, tal como veremos, la literatura.

² El término “remesa social”, referido a las maras y su deportación a El Salvador desde los EEUU, lo utiliza el historiador de la cultura centroamericana Rafael Cuevas. En este libro, Cuevas desarrolla las causas, de manera particular la migración, que inciden en una nueva conformación social identitaria transnacional en la sociedad salvadoreña y el papel que en ello juegan las maras.

Estudio de caso literario de un discurso migrante obsesivo: *El asco. Thomas Bernhard en San Salvador* (1997), del salvadoreño Horacio Castellanos Moya³

El tema ha sido tratado en la literatura, de una manera que ilustra de manera viva los fenómenos de desterritorialización antes señalados, por diversos autores, tales como el ya señalado Horacio Castellanos Moya, con *El asco. Thomas Bernhard en San Salvador* (1997); el guatemalteco Méndez Vides con *Las murallas* (1998); Mario Bencastro, salvadoreño, con *Odisea del norte* (1999). Los mexicanos Rafael Ramírez Heredia y Alejandro Hernández han publicado sendas novelas que tratan el dramático tema de la migración centroamericana a los Estados Unidos: *La mara* (2004) y *Amarás a Dios sobre todas las cosas* (2013), respectivamente. Sobre la migración nicaragüense a Costa Rica cabe mencionar *Al sur de los recuerdos* (2014), del costarricense Adolfo Muñoz. Todas las obras mencionadas son novelas.

La trama de *El asco* es sencilla: Edgardo Vega regresa de Montreal, Canadá, al país donde nació –El Salvador– 18 años después de haber partido. A la muerte de su madre, viene a reclamar la parte de la casa heredada que le corresponde, arreglar los papeles de la venta con su hermano y volverse a Canadá lo más pronto posible, pues no desea permanecer más de un minuto de lo necesario en su país de origen, que hoy le resulta indeseable y solo le provoca asco y desprecio.

A lo largo de la novela, extenso monólogo de Vega, este irá socavando con desprecio y rabia, uno a uno, cualquier signo de lo identitario salvadoreño. Eso es lo que Vega siente: desprecio, náusea, ante todo aquello que pudiera jugar algún papel de icono de lo que en el imaginario popular pudiera ser la “salvadoreñidad”. A todo ello él, migrante en Canadá, ya ha renunciado, no por razones políticas ni económicas como otros cientos de miles de migrantes; lo ha hecho por no poder vivir en un medio social que hoy se le antoja sucio, obsceno, y con una gente ignorante, maleducada, inculta, de un gusto ya pervertido e insalvable, impropio de gente civilizada.

La cerveza Pilsener no es más que «una cerveza cochina, para animales, que solo produce diarrea, es lo que bebe la gente aquí, y lo peor es que se siente orgullosa de beber una cochinada» (11). Las pupusas, «esas horribles tortillas grasosas rellenas de chicharrón que la gente llama pupusas, como si esas pupusas me produjeran a mí algo más que diarrea, como si yo pudiera disfrutar semejante comida grasosa y diarrea» (61).

³ Un trabajo más amplio sobre esta obra y sobre esta temática en particular fue publicado en el número 14, 2011, de la revista *Ístmica*, de la Universidad Nacional de Costa Rica (ver referencia completa en la bibliografía final).

La cerveza Pilsener, las pupusas, el sombrero (“sombrerudos”, los llama Vega), el delantal (popular entre las salvadoreñas, propio de las sirvientas, con el que incluso viajan en los aviones) son lo que podemos llamar “monumentos de la microhistoria identitaria de la cotidianidad” de El Salvador. Vega los considera signos del mal gusto de una raza inveteradamente volcada hacia la ignorancia, sin Historia. El Salvador sería un país cuyos monumentos no refieren más que a una monumentalidad irrisoria:

A la entrada de la ciudad, donde antes hubo una caseta de cobro, según me dijo el taxista, ahora está el llamado “Monumento a la paz” que muestra la absoluta falta de imaginación de esta gente, una contundente evidencia de la total degradación del gusto. Y el de más adelante es aún peor, la cosa más horripilante que jamás he visto, ese llamado “Monumento al hermano lejano” parece en realidad un gigantesco mingitorio [...] Esa es la obra cumbre de la degradación del gusto: un gigantesco mingitorio construido en agradecimiento a los sombrerudos y las regordetas que vienen de los Estados Unidos cargados de cajas repletas de los chunches más inusitados (95-97).

Los monumentos, en los que los habitantes se construyen un lugar y una historia, se convierten así en un espacio en que el migrante deconstruye su relación identitaria primigenia. La identidad, que algunos podrían considerar como consubstancial a un origen, a un territorio, a unos objetos que actúan como signos de pertenencia a un grupo, funciona como espacio para reafirmar el rechazo: rechazo a lo que no se puede dejar de ser y adhesión al deseo de ser algo diferente. Lo que liga a Vega al otro espacio no es, por tanto, una identidad originaria. Lo que lo liga es un documento que política y legalmente le ofrece la nueva identidad: el pasaporte. De ahí el sentimiento histérico que le produce la sola idea de haberlo perdido, pues perderlo es perder el documento que atestigua su nueva identidad, el espejo en que se mira como perteneciente al nuevo grupo:

Y entonces sucedió el acabose, lo inverosímil, el hecho que me hizo entrar en una espiral delirante, en la angustia más extrema que podás imaginar: mi pasaporte, había extraviado mi pasaporte canadiense, no estaba en ninguna de mis bolsas, lo peor que podía sucederme en la vida, extraviar mi pasaporte canadiense en un inmundo prostíbulo de San Salvador. Me vi atrapado en esta ciudad para siempre, sin poder regresar a Montreal; me vi de nuevo convertido en un salvadoreño que no tiene otra opción que vegetar en esta inmundicia (114).

Perder el pasaporte equivale a perder el espacio que refleja su nueva identidad. El personaje Vega concluirá que «el pasaporte canadiense es lo más valioso que tengo en la vida, no hay otra cosa que cuide con más obsesión que mi pasa-

porte canadiense, en verdad mi vida descansa en el hecho de que soy un ciudadano canadiense» (115). Ser ciudadano canadiense y no salvadoreño, y probarlo mediante un documento escrito, es la prueba de que ya no es, de que ha dejado de ser, legalmente, aquello que la naturaleza le insiste que aún es; de ahí la violencia extrema del discurso hacia ese origen que, como una sombra, se muestra detrás del espejo y que lo ha llevado a ejecutar otro movimiento aún más radical: el cambio de nombre. Para todos los efectos legales en su nuevo espacio geográfico de pertenencia, ya no es Edgardo Vega, sino Thomas Bernhard.

El cambio de nombre aparece como el elemento constitutivo denominador de su nueva identidad, el que traza la división en su vida, en la medida en que actúa como marca del nuevo grupo, una especie de nuevo bautismo cultural que lo renombra y que, consecuentemente, actúa como un movimiento de desnombamiento de su pertenencia originaria, personal y social: «Allá no me llamo Edgardo Vega, un nombre por lo demás horrible, un nombre que para mí únicamente evoca al barrio La vega, un barrio execrable en el cual me asaltaron en mi adolescencia, un barrio viejo que quién sabe si aún exista. Mi nombre es Thomas Bernhard, un nombre que tomé de un escritor austriaco al que admiro» (119).

Texto interesante el anterior, en la medida en que tiende hacia varias direcciones de sentido. En primer lugar, el hecho mismo de marcar, nominalmente, un aquí, el de la necia persistencia contra la que es imposible luchar cuando se encuentra dentro de su espacio geográfico y cultural, con sus inevitables coerciones: aquí es y será Edgardo Vega. La única manera de dejar de serlo es la emigración e instauración en el allá y las nuevas codificaciones de identidad que ahí y solo ahí se hacen posibles, de manera particular la de adquirir una segunda identidad que actúa como un *palimpsesto*, una (re)escritura segunda sobre sí mismo (118).

No se trata, pues, de un borramiento –por demás imposible– sino de una tachadura que, como tal, asegura a su pesar la presencia fantasmal de su ser ‘anterior’, y con ella la ‘suciedad’ del pecado original que carga por su inevitable pertenencia cultural, cuyos signos rechaza de manera obsesiva. De ahí la referencia constante que Vega hace de su entorno familiar y social salvadoreño, mediante toda suerte de adjetivos degradantes, como si con esa violencia verbal pudiera marcar de manera más clara y tajante la distancia entre ese *aquí* es y el *allá*.

Es curioso el viraje esquizoide que le permite a Vega/Bernhard efectuar, desde su nueva posición identitaria, una operación sobre la cual Claude Lévi-Strauss había ya llamado la atención, al considerar que estas «fijan las fronteras de la humanidad en los límites mismos del grupo tribal, fuera del cual no perciben más que extraños, esto es, subhombres, sucios y groseros, si no es que no hombres: bestias peligrosas o fantasmas», 242). El problema es que esta identidad dividida de Edgardo Vega lanza ese discurso, no sobre un grupo otro,

sino sobre su grupo mismo de origen, es decir, sobre sí mismo. La operación discursiva que Bernhard lanza sobre Vega, esto es, sobre su otra mitad, muestra la honda fractura identitaria que vive como exiliado autoexpulsado de un territorio, de un lugar que, además, inexorablemente lo acompañará de manera permanente, apresado en la lógica del palimpsesto identitario.

Ese es el modelo en que se lleva a cabo el proceso de identificación entre Vega y su nueva identidad⁴. El tomar un nuevo ‘nombre’ que lo convierte, ilusoriamente, en un nuevo ‘hombre’, y el asumirse como tal actúa como el mecanismo mediante el que intenta resolver el malestar con sus orígenes. La cuestión del nombre propio aparece, así, como un factor de primer orden dentro de la problemática de la identidad, al ser el acto de nombrar(se) la operación simbólica mediante la que un grupo realiza la inscripción social de los sujetos, sea dentro del grupo general o dentro de grupos particulares⁵. Un cambio en el nombre propio lleva a un cambio de las estructuras relacionales originales, en el ámbito social, por supuesto, pero también, y de manera más profunda, en el orden personal y psíquico.

Las constantes reiteraciones y reproches en el discurso de Vega son la marca del carácter obsesivo de su esfuerzo por resignificarse: no puede ser salvadoreño, porque para él El Salvador no existe como país; es solo una horda de salvajes matándose entre sí, sin cultura, sin historia y gobernado por una pandilla de criminales. Imposible dejar de ver aquí una reedición esencialista de la contradicción civilización/barbarie que surge de un periférico al entrar en contacto con la Mismidad central.

En conclusión, no podemos dejar de ver en *El asco* un claro ejemplo de parodia, de gesto de rompimiento con la narrativa de los años sesenta y setenta,

⁴ Jean Laplanche y Jean-Bertrand Pontalis definen la identificación como el proceso psicológico mediante el cual un sujeto asimila un aspecto, una propiedad, un atributo de otro y se transforma, total o parcialmente, sobre el modelo de este (185). Por su parte, Freud considera que «la identificación no es una simple imitación, sino una apropiación basada en la presunción de una etiología común; expresa un “como si” y se refiere a un elemento común que existe en el inconsciente» (citado por Laplanche y Pontalis 185).

⁵ Es así que cada sociedad tiene –o tenía– un registro de nombres propios, y dentro de este se pueden distinguir subgrupos. Por ejemplo, el nombre actúa como un indicador (relativo, en algunos casos, es cierto, pero al fin de cuentas indicador) de sexo, del origen campesino de una persona, e incluso de una zona determinada, la pertenencia familiar por la herencia del nombre, o bien mostrar que la familia de la persona en cuestión tiene origen extranjero. La población carcelaria tiene determinado también un código más o menos preciso para los apodos. En la sociedad contemporánea algunas de esas distinciones y clasificaciones ya han perdido muchos de sus límites tradicionales, dada la uniformización e influencia intercultural en los tiempos de la globalización, de manera particular por la influencia del mundo del espectáculo y sus figuras en la vida cotidiana de todos los países.

cuando el panorama era dominado casi de manera absoluta por la escritura de corte testimonial. Eran los tiempos de una afirmación positiva de las utopías, no solo políticas, sino también culturales, con la literatura desempeñando un papel de primer orden en la creación de un imaginario de compromiso con las nociones de patria y de afirmación cultural. *El asco* es, quizás, una de las muestras más radicales del rompimiento con esa narrativa.

Los espejos identitarios se han roto, y hoy esos fragmentos recrean las diversidades que el concepto de identidad nacional tenía soterradas; quizás de ahí la violencia en la eclosión, frente a un estado o estados cuya cohesión interna se ha mantenido sobre bases muy débiles. Hoy, el futuro de nuestras sociedades, como sociedades viables, pasa por la revisión del funcionamiento de las instituciones sociales que, ancladas aún en un viejo orden, se niegan a renovarse, a fin de generar nuevos y necesarios lazos de identidad y solidaridad. Ese es el reto cultural y político de hoy en la región.

Bibliografía citada

- Augé, Marc. *Los no lugares. Espacios del anonimato. Una antropología de la sobremodernidad*. Barcelona: Gedisa. 2000.
- Bonilla, Abelardo. *Historia de la literatura costarricense*. San José: Costa Rica. 1967.
- Castellanos Moya, Horacio. *El asco. Thomas Bernhard en San Salvador*. San Salvador: Arcoiris. 1997.
- Cortés, Beatriz. *Estética del cinismo. Pasión y desencanto en la literatura centroamericana de posguerra*. Guatemala: F&G. 2010.
- Chacón, Albino (coordinador). *Diccionario de la literatura centroamericana*. San José, Costa Rica: Costa Rica y Universidad Nacional. 2007.
- . “El rompimiento de los espejos identitarios en Centroamérica. Estudio de caso literario de un discurso migrante obsesivo: *El asco*. Thomas Bernhard en San Salvador, del salvadoreño Horacio Castellanos Moya”. *Ístmica*, 14 (2011): 13-22.
- Cuevas, Rafael. *De banana republics a repúblicas maquileras. La cultura en Centroamérica en tiempos de globalización neoliberal (1990-2010)*. San José: EUNED. 2012.
- Dussel, Enrique et al. *El pensamiento filosófico latinoamericano, del Caribe y “latino” (1300-2000): historia, corrientes, temas y filósofos*. México: Siglo XXI. 2011.
- Laplanche, Jean y Pontalis, Jean-Bertrand. *Diccionario de psicoanálisis*. Barcelona: Labor. 1994.
- Mackenbach, Werner. *Cicatrices. Un retrato del cuento centroamericano*. Managua: Anama. 2004.
- Martin, Ernesto. “La democracia en Costa Rica”. *El Foro* (15 de febrero de 1912): 331.
- Meléndez, Carlos y Duncan, Quince. *El negro en Costa Rica*. San José: Costa Rica. 1972.
- Méndez Vides, Adolfo. *Las murallas*. México: Alfaguara. 1998.
- Mignolo, Walter. *La idea de América Latina. La herida colonial y la opción decolonial*. Barcelona: Gedisa. 2007.
- Picado Twilight, Clodomiro. *Obras completas*. San José: Tecnológica de Costa Rica. 1988.
- Picado, Clorito. “Nuestra sangre se ennegrece dice el Dr. don Clodomiro Picado”. Id. *Obras completas*. VI. Cartago: Tecnológica de Costa Rica. 1988: 299.
- “Sergio Ramírez retrata a los golpeados por el destino”. *AL. Periódico La Jornada de México* (4 de junio de 2013): 15.

- Yúdice, George. “¿Una o varias identidades? Cultura, globalización y migraciones”. *Nueva Sociedad*, 201 (2006): 106-116.
- Wallesteim, Immanuel. *Análisis de sistemas-mundo. Una introducción*. México: Siglo XXI. 2005.
- Zonabend, Françoise. “Les noms de personnes dans un village français: Minot-en-Châtillonnais”. Lévi-Strauss, Claude. *L'identité*. Paris: Presses Universitaires de France. 1983: 257-279.

Webgrafía

- Chacón, Albino. “Horizontes y límites de una historia de las literaturas. (A propósito de la publicación de *Intersecciones y transgresiones: propuestas para una historiografía literaria en Centroamérica*)”. *Revista Digital Istmo* (2009): http://collaborations.denison.edu/istmo/n19/proyectos/chacon_albino_form.pdf (consultado el 18 de septiembre de 2015).
- Menton, Seymour. “Sol y sombra: la novela postsandinista”. Ponencia presentada en el VIII Congreso Internacional de Literatura Centroamericana, marzo de 2000. Antigua: Guatemala. 2000. Citado por Mackenbach, Werner. “La nueva novela histórica en Nicaragua y Centroamérica”. *Istmo. Revista virtual de estudios literarios y culturales centroamericanos*, 1 (2001): <http://istmo.denison.edu/n01/articulos/novela.html> (consultado el 21 de septiembre de 2015).